



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO.

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Díaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofrin y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

HISTORIA DE UNA ALJOFIFA.

Contada por ella misma.

II.

Si el Sr. Fiscal me lo permitiera diria lo que ví, lo que escuché, lo que hice en tiempos de paz y guerra transformada en uniforme; pero me limito á decir que de la noche á la mañana, mi amo se hizo realista y no tuvo que hacer mas que mudar la casaca y echarle otras vueltas y guarniciones. Algun tiempo despues, la última casaca se volvió chaqueta de carabineros. ¡Y aquí si que no peco! Perseguí rigorosamente el contrabando á la menuda, registré hasta los calzoncillos de los mochileros; hasta el seno de las jaramperas; pero guardé mas miramientos con los grandes defraudadores, porque al fin son

personas decentes y en la sociedad es necesario distinguir..... rodé en los destacamentos y en las playas y allí nada ví que digno de contar fuese á no ser la generosidad con que las gentes del campo y los marineros regalan á los guardadores de la Hacienda pública, huevos, leche, pescados y otras zarandajas.

Finalmente, y como decia el P. Isla, «el tiempo que ha destruido los mas fuertes castillos, las mas poderosas naciones, tampoco ha perdonado á mi sotana.» Digo que yo, pobre y traída chaqueta, tuve que abandonar á mi amo el carabinero y acomodarme en los brazos, las espaldas y el pecho de un gallego. ¡Quién lo diria! los antiguos descendientes de cántabros que desafiaron el poder de Roma sin inclinar la cerviz; ahora doblan el cuello bajo un baul ó un colchon, se abajan hasta fregar los ladrillos y hacer cuantos oficios domésticos se les pidan.

Mi nuevo amo estaba sirviendo en casa de un empleado cesante; es decir, que se habían reunido tal vez por simpatías dos miserias. El empleado había tenido muy desarrollado el órgano de la probidad, y como era consiguiente, había sacado por lote una hambre constitucional que lo devoraba. En punto á pobreza, eran como dos hermanos gemelos, hijos de la madre miseria. Y aun proporcionalmente hablando, el gallego era mas rico que el empleado.

¡Ay de mí! —esclamó la aljofifa, arrancando de entre sus húmedos pliegues un hondo suspiro—mi vida ha sido muy semejante á la de esas mugeres hermosas que han sido demasiado sensibles á los halagos del amor y el interés y á la de ciertos caballos de regalo de noble raza que despues de haberse mostrado orgullosos en el mundo, vienen á parar de visicitud en visicitud, la primera al hospicio, el segundo á la plaza de toros. ¡Cuánta semejanza entre las postrimerías de la muger, el caballo y la capa del mayorazgo!

Sin saber cómo, me encontré cubriendo las espaldas y los brazos de un mozo de imprenta. Allí ví con asombro que de veinte cajistas, apenas leían los originales la décima parte; que calumniaban con mucha frecuencia al sentido comun; pero que á pesar de todo esto nadie como ellos tienen derecho á llamarse hombres de letras.

Cuando llevaba sobre mis hombros á las redacciones los periódicos políticos, me llenaba de orgullo considerando que yo solo llevaba sobre ellos todo el peso de la situación; el congreso, los diputados, el palacio con todas sus dependencias, el ejército, las plazas fuertes, las ciudades y las aldeas, sobre todos diez y siete millones de habitantes, y para decirlo de una vez, todo el globo terráqueo.

Esto me llenaba de orgullo y estuve tentada á creer que existía la felicidad en este valle de lágrimas.

Pero mi amo fué atacado del cólera y murió á las veinte y cuatro horas; el sepulturero dueño de sus pobres despojos, vendió clandestinamente la chaqueta á un chalan de cuadros. Entonces me inicié en los secretos del Arte. Supe que Zurbarán había nacido en Venecia y que fué maestro de Miguel Angel: que los mejores cuadros son los que tienen mas quiebras y cochambre: que el modo de colarle la batata á un inglés, era ponerse de acuerdo con un señor fingido apasionado del Arte, que conocia todas las escuelas, que pagaba muy bien los cuadros y que en su vida había conocido al chalan que estaba en tratos con el inglés.

El chalan de cuadros que ganó en uno de aquellos albures un buen pellizco, se avergonzó de llevar una chaqueta raída y la vendió á un gallego por tres pesetas y una cuba de agua.

El gallego dió á teñir la chaqueta que para él era una alhaja y la estrenó el dia de su casamiento que contrajo con la criada de D. Bruno el prestamista. No quisiera ofender la proverbial honradez de los hijos de Galicia: sé el imperio que ejerce en la conciencia humana la costumbre, y no me ruborizo de haber sido cómplice de la doble sisa de la capucha en el mercado, de la despena en la casa.

En cuanto al prestamista, proclamada la libertad de comercio vendiendo cada uno al precio que le acomoda el fruto de su propiedad, no sé yo con qué derecho se critica las legítimas ganancias del usurero.

¡Pero triste de mí! estaba rendida, cansada de vivir; porque francamente, ninguna mirada plácida se fijaba sobre mí: había perdido la consistencia, el color: todo presagiaba la muerte. ¡La muerte! no: un esfuerzo heroico y todavía puede el mundo sacar jugo de mí.

Mi amo dió conmigo en el boquete: nadie quiso com-

prarme como chaqueta; pero me convirtieron en aljofifa.

Hé aquí porque me encuentro entre tus manos. Ahora que sabes mi historia, compadéceme y no me desprecies.

Dr. Pero-Recio.

FANTASÍA.

I.

Vamos caminando.

Hemos llegado á un lugar sombrío y solitario.

Ni un ¡ay! ecsalado del corazon humano, se deja sentir.

Nuestra mirada recorre en derredor el espacio y nada vé.

Multitud de elevados cipreses adornan aquel recinto.

El ciprés es el árbol destinado por el hombre, para adornar con su sombría apariencia la mansion silenciosa de los muertos.

Nada se vé: nada se escucha.

La luna, interrumpida á intervalos por la vaguedad del espumoso celage, derrama su azufrada pálida luz sobre la tierra.

¡Qué triste es la vida, cuando la consideramos poseídos de las emociones que siente nuestro corazon en la morada silenciosa de los que fueron hombres!

Nada se escucha: nada se vé.

II.

Una tumba se destaca allá á lo léjos.

Adorna aquella losa funeraria y fria, una corona de siemprevivas.

¡Una corona de siemprevivas, último tributo de la tierra!

Un impulso desconocido nos arrastra hácia aquel sitio.

Aquel solitario ataud, guarda en su seno los restos inanimados de una humana criatura.

Aquella humana criatura había sido un POETA.

Antes de proseguir, oremos.

III.

Nuestra oracion es interrumpida por un eco melancólico, que se arranca del fondo de aquel marmóreo y funerario lecho.

Escuchemos.

—Vé la primera luz—dice—de ese mundo engañoso, meciéndome en los tiernos brazos de mi madre; envuelto en pobres lienzos, que acariciaban las lágrimas de aquella muger tan querida que me diera el ser.

Mis padres eran muy pobres.

Las caricias paternas, único don que endulzaba mi existencia entre las punzantes espinas de ese mundo, me ayudaron á crecer.

Cuando aun era niño, mi alma se estasiaba con las efímeras ilusiones de un porvenir lleno de flores.

Yo sentía algo de sobrenatural que inclinaba mis pasos á una senda, aun desconocida para mí.

Mi corazon no envidiaba ni apetecía el fausto ni la pompa que en la tierra halaga el repentino vivir de los demás seres.

Y sin embargo, yo ambicionaba.

IV.

Andando el tiempo, crecía mi cuerpo, y con mi cuerpo crecían mis ilusiones.

Yo habia soñado un mundo de rosas.

Miraba una vez y otra vez en derredor mio, y no encontraba la realidad de ese mundo que yo soñaba.

Cuanto abarcaban mis pupilas me causaba tedio. El positivismo de la vida me inspiraba desprecio. Mi alma no era un alma comun; era un alma de poeta.

¡Yo era pobre!

Para ser poeta, es preciso ser pobre. El lujo, la vanidad, no contrastan con el caudal inagotable de una imaginacion de fuego; con las dulces impresiones de un corazon ideal, de un corazon armonizado con los melodiosos ecos de un mundo lleno de purpúreos matices, de perfumadas flores.

El avaro no podria ser poeta.

Metalizado su corazon, absorbido su cerebro con las odiosas impresiones que causa á la vista un puñado de oro, se resiste á las dulzuras de una existencia aérea, ilusoria, sin mas ambiciones que la ambicion de gloria.

Para el poeta no hay mas verdad que Dios; porque no hay mas verdad que la naturaleza, y la naturaleza es el símbolo de la divinidad.

V.

Era aun niño cuando perdí á mi padre.

Mi madre ya no me acariciaba con aquella ternura que me prodigaba en mis primeros años.

Las necesidades de la vida habian arrugado su frente, secado sus párpados, helado su corazon.

Faltábame el abrigo de su tierno regazo, que por otra parte no satisfacía ya mis deseos.

Yo necesitaba respirar otra atmósfera.

¡Pero era pobre!

VI.

El mundo, ese mundo caprichoso, ese mundo mentira en que el hombre gasta su ser, lejos de prestarme su proteccion, amenazaba repudiarme; porque los hombres han nacido para ser esclavos de él: verdad es, que mi alma al nacer, tambien lo habia despreciado.

Pero era forzoso introducirse en la vida.

VII.

Un dia conocí á la sociedad. Un dia, sí, porque un solo dia basta para conocerla.

La ví sonreír y comprendí que mentía.

Díle á conocer los sentimientos de mi alma; escuchó los vehementes latidos de mi pecho; pero escuchó con la sonrisa en los labios y el desprecio en el súcio fondo de su corazon.

¡Yo era un poeta!

¿Qué significa un poeta en la sociedad?

Pero yo necesitaba de ella. Tenia una madre; una madre querida á quien pagar las caricias de mi infancia con un pedazo de pan.

Pulsé la lira y canté.

Canté mis ilusiones, mis amarguras, mis ensueños; canté á Dios, en fin, y nadie, nadie me escuchó. El mundo era sordo á las vibraciones de mi laud.

Y la sociedad sonreía.

VIII.

Y así pasaban mis años.

El estudio absorbía mis horas.

Yo me consideraba superior á aquellos opulentos seres que veía vagar por la tierra, y sin embargo, ellos vivian ensoberbecidos con los placeres ficticios de la vida, mientras que yo jemía y lloraba, sin encontrar quien enjugase mis ojos.

Amé y amé sin esperanza.

¡Era pobre!

Yo habia concebido un amor ideal, un amor puro, lleno de encantos, desposeido de ese positivismo glacial, cuya sola apariencia helaba mi sangre: habia soñado con el amor de los ángeles. Pero ¡ay! que ese amor solo se encuentra en el cielo.

Busqué ese amor en la tierra y á mi afecto sensible, respondió con una sonrisa la sociedad.

¡Siempre la sociedad!

IX.

Mi vida se anublaba cada vez mas.

Perdí á mi madre y lloré.

¡Cuánto consuela el llanto en los corazones puros!

Una vez creí que la sociedad se habia condolido de mí. Mis oidos percibieron un rumor vago que aplaudía mis cantos; mis cantos, ayes de mi alma.

Iba á enloquecer de júbilo.

Entonces la muerte, con el filo destructor de su guadaña, cortó el hilo de mi existencia.

¡Aun era pobre!

X.

El mundo, entonces, construyó para mí este suntuoso mausoleo donde yacen mis cenizas.

El mundo, la sociedad que me habia despreciado, tejió una corona de siemprevivas para colocarla en mi ataúd.

Y batió palmas al escuchar mis cantos, al oír mis inspiraciones, al poseerse de las puras emociones que mi lira le habia entonado en valde.

Y colocó dos cipreses junto á mi losa funeraria, como recuerdo imperecedero de mi gloria.

Y esculpió mi nombre en alabastro con letras de oro, para cederme la magestad que antes me negara.

Y la trompeta de la fama anunció con sus voces de serafín la muerte del genio.

¡Pobre poeta!

Y desde entonces vivo, por que la vida del poeta está mas allá de la tumba.

L. Mejías y Escassy.

TIPOS SOCIALES.

Es muy comun nombrar Griseta, Cursi ó Corina indistintamente á cierto género de ninfas, de que se rien sobre abundantemente cuantos las tropiezan en los bailes, paseos, serenatas, y demás reuniones de fácil entrada, aunque á veces de amarga salida. Pero es lo cierto que la Griseta, la Cursi y la Corina aunque del mismo género son entes entre quienes hay notable diferencia.

La Griseta es una humilde costurerilla novel, que no se ensoberbece con sus modestos trapos considerando una apuesta dama de categoria y alcurnia.

La Cursi es todo orgullo, es todo ridicula elegancia, contorsiones risibles y risibles modales.

La Corina en fin, es lo sublime en su género, lo elegante y lo necio en pepitoria con sendos ribetes de orgulloso presuncion.

Humilde y modesta la primera, presentuosa y necia la segunda, y orgullosa y petulante la tercera, no pueden definirse las tres de un solo rasgo de pluma, sino para darlas á conocer es preciso ocuparse detenida y aisladamente de cada una en particular por mas que en todas domine el principio fascinador de considerarse una heroína ó una especialidad en mérito, donosura y gala.

Así clasificadas, veamos á cada una en su verdadero punto de vista, trayéndolas individualmente á la escena.

LA GRISETA.

I.

Une grisette est un trésor

LA FONTAINE.

La griseta española se diferencia en mucho de la francesa, apesar que el nombre fué importado en los salones de Capellanes de la corte, de los de MABILLE de Paris.

En Francia la GRISETTE es la costurera que vive y se sacrifica por el estudiante, desinteresada y pretendida por la gente de la mejor sociedad y que ha sido cantada por Victor Hugo, La Fontaine, Beranger y otros célebres escritores.

En España es el grado primero del corinismo en el que suelen estancarse algunas sin pasar mas adelante por que las circunstancias de su primera edad, que nó su inclinacion natural, las constituyen grisetitas, de seguro y por necesidad, ó las madres la improvisan grisetitas, para á la sombra de la novel hija gustar, aunque con amargos dejos, de los sublimes encantos de que solian atracarse ellas cuando conocidas con el nombre de CURSIS PLAZEADAS anochecian en los asientos de la plaza de San Antonio esperando lances ridículos para entretener la noche, economizar la luz y pelar inútil y grotescamente la PAVA, hasta que el reloj de la parroquia indicaba acercarse la hora de las once que era la fatal—la de cerrar el casero,—para las once mil vírgenes aburridas, que lo mismo entraban y salian nocturnamente en aquel circo ecuestre en que la griseta pasaba el noviciado al compas de las coces de algunos improvisados PAQUETILLOS conocidos hoy con el nombre de pollos vergonzantes y desvergonzados.

Aquellas antiguas bromas en que la mamá de hoy aparecia la protagonista, creyéndose una deidad, y á veces en los lances de amor una heroína, se recordaban con gusto, y se anhelaban por la mamá que segun veia crecer á su hijuela, se consideraba cercana á nuevos goces, y á la vez á dulces venganzas, tomadas en los jóvenes de hoy, por los desafueros cometidos por los de entonces con ellas en el plazeo de su época.

Sometida la griseta á la voz é influjo de la mamá, como novicia inocentemente se consagra á perder el tiempo con los pollitos aviones, ó séase de baja esfera, ó con los pollitos zancudos ó escasos de pluma, especialmente en el escapazon, por otro nombre bolsillos, que como no tienen un cuarto de hora para alternar en otras reuniones, toman las plazas de Mina y Constitucion por asalto para correr en pelo su preciso aburrimiento.

La griseta, con todo, goza en su órbita.

Por primera vez, se oye llamar señorita, y siente en su tierno corazon una inclinacion, un afecto, y aun un amor horrible hácia aquel ser que le llamó señorita por considerarla en todo la hembra del llamado SEÑORITO.

Por primera vez, se vé siendo la protagonista de un drama descolorido y ridiculo, de que se harta por fin pasado algun tiempo, y se retira del palenque, ó tomando mas vuelo en sus aspiraciones trabaja y pugna por ascender al grado de cursi que es el segundo del escalafon de ordenanza.

La griseta vive sin voluntad propia, admite ó rechaza obsequiantes á gusto de la mamá.

Habla al tenor de los preceptos de ella y bajo su influjo dirige sus acciones escénicas, porque la mamá es la empresaria de este pequeño teatro y la directora absoluta que ensaya con la hija el drama que esta ha de representar á la noche en el paseo.

La griseta viste sin exageracion, con aseco y marcado primor, con honesta y decorosa pobreza.

Es la costurera de una casa de familia de la medianía, ó la oficiala casera de sastre de medio pelo.

No adquiere en los obradores los humos de la cursi, ni las ideas de indisciplina que en aquella dominan.

Marcha al tenor de la mamá, su guia, que ó es la fragata velera, cuyo curso ha de seguir el novel pretendiente, ó en cortas escepciones una madre apasionada de los goces de la niña en sus conversaciones con su Adonis.

En este caso, no cuida tanto del asiento en que ha de posar su amable tolerancia, como del que ha de ocupar el pollo al lado de la niña. Solo en el decurso de mis años he hallado una mamá de este condescendiente génio. Me guardaba el asiento cuando estos escaseaban, y al llegar yo, eran estas sus palabras: ¿ME ALEBANTO, YERMITO? levantándose al par de este saludo grotesto para que yo me sentase al lado de su Cloris é hiciese el oso y ella la mona, mientras mi presunta suegra hacia el orangutan.

Guillermo Morera.

MATÍAS.

Matias el estudiante

De mas saber y mas brio

Que han tratado los doctores

Y los bedeles tenido,

Porque además de argumentos

Úsa unos puños divinos,

Repasando está la carta

Que con renglones torcidos

A Isabel, luz de su alma,

La noche anterior ha escrito.

«Adios y que te diviertas:

Ya no he de volverte á ver

Y por Cristo que no es broma

Como otra vez, esta vez.

Tú eras la luz de mi vida,

Eras mi amparo y mi bien,

Porque eras sobre la tierra

La sola mujer que amé,

Y tú á traicion me has herido

El corazon, Isabel.

Mas ¿qué mucho que traidora

Obráras, siendo mujer?

¡Malditas! todas iguales,

Todas lo mismo teneis

El alma dentro del cofre

Y el corazon en los piés.

Y apropósito de alma,

Aquella que te entregue,

Te la vuelvo á remitir

Para que la laves bien,

Que era blanca, y me la has vuelto

Con manchas de sangre y hiel.

Ponla en legía y volvamos

A estar en paz otra vez,

Que yo te perdono aquellos

Malos ratos que pasé,

Cuando tú te divertías

Y yo me daba á Luzbel.

Debajo de tus balcones
 Pasaba noches en pié,
 A suspiros y estornudos
 Estremeciendo el cuartel,
 ¡Cuántas veces el sereno
 (Un empleado soez)
 Al enseñarme la cara
 Me enseñó el chuzo también!
 Te hice tiernísimos versos
 Tan dulces como la miel,
 Y pueden formar un río
 Las lágrimas que lloré.
 Mas me arrepiento de todo
 Por siempre jamás amen.
 Si me encuentras en la calle
 Harasme mucha merced,
 Con hablarme poco y mal,
 O fingir que no me ves;
 Conque hasta nunca.—Matías.—
 Alcalá de Henares, tres
 De Noviembre, año de mil
 Setecientos veinte y seis.»
 Esto escribió el Estudiante
 Y llamando á un mozo, dijo
 Que remitiese al momento
 El papel á su destino;
 Y con las manos crispadas,
 Secos los labios y lividos;
 Hecha su alma pedazos
 Y su corazón podrido,
 En el mal revuelto lecho
 Cayó de bruces mohino,
 Tapó el rostro con la almohada
 Y lloró como un chiquillo.

Narciso Serra.

HISTORIA DE UN ZAPATO.

FANTASIA DE OBRA PRIMA.

II.

EL CÁNTICO AL ZAPATO.

Nuestros lectores esperarán que comience aquí la historia, propiamente dicha, del zapato prodigioso. Aquí debía empezar en efecto, pero, por desgracia, no sabemos una palabra de ella.

En cambio, la buena suerte ha traído á nuestras manos unos versos, en los que se habla de una aventura de Carnaval, de un baile en el Conservatorio, y de un zapato que, si no es el de nuestro cuento, puede pasar por hermano suyo.

Nótase en esos versos la fácil y espontánea inspiración que caracteriza á uno de nuestros jóvenes y distinguidos poetas, no menos conocidos en la alta sociedad que en la república de las letras, y en cuya ilustre raza parece vinculada la alteza del ingenio tanto como los timbres nobiliarios.

En cuanto á la incógnita dama, propietaria de la alhaja, ya es mas difícil hacer su designación. Alfredo de Musset, al retratar la peregrina hermosura de la amada de D. Paez, dice.

.....et par la petitesse
 de seis piedas, elle était Andalouse et comteesse.

Esta cualidad que el poeta francés hace peculiar de las mujeres de Andalucía, es casi general á las españolas; pero si en el caso presente no podemos decir que la incógnita dama sea condesa y andaluza, podemos calcular, sin grave riesgo de equivocación, que es española y que lleva dignamente un alto título de nobleza.

Perdónenos el poeta, si llevados de nuestra afición á los piés elegantes y á los versos, nos tomamos la libertad de publicarlos sin previa autorización.

Hélos aquí:

Un gran asunto, duquesa,
 me tiene fuera de mí,
 y aunque enojarte me pesa,
 al fin me dirijo á tí,
 pidiendo ayuda en mi empresa.

En breve vas á saber
 lo que ya me ha hecho perder
 el sueño y el apetito:
 ¡un zapato de mujer
 es el cuerpo del delito!

Siempre la dicha ideal
 busqué fuera del bullicio
 de la turba mundanal;
 pero viene el Carnaval
 y, al fin, me saca de quicio.

“Baile en el Conservatorio”
 me dijeron, y al jolgorio,
 como otro cualquiera fui,
 no lances á lo Tenorio,
 ni amores buscando allí.

Ya en medio de aquella gresca,
 donde no hay color ni traza,
 que á los ojos no se ofrezca,
 donde unos vienen de caza,
 donde otros vienen de pesca.

Yo que en alegre tumulto
 siempre afligido me pongo,
 triste, soñador, estulto,
 solitario como un hongo,
 cruzaba entre bulto y bulto.

Mas héte que una tapada,
 lo mismo que una saeta
 á mí se vino flechada,
 á través de la careta
 lanzándome una mirada.

Mi corazón en tributo
 iba á rendir á la máscara;
 mas, párome irresoluto,
 y dígame; “por la cáscara
 no debe juzgarse el fruto.”

—“Bella tapada, me afano
 sin poderte conocer:
 tu mano déjame ver.”

—¿Por qué no? hé aquí mi mano
 si eso te causa placer.

Y la máscara ladina
 con mil dengues quitó el guante,
 y una mano alabastrina,
 aristocrática y fina
 vieron mis ojos delante.

Aunque fija mi atención
 aquella mano, y me embarga,
 nada saco en conclusion,
 y otra vez vuelvo á la carga
 tras de nueva concesion.

—Que tu mirada destella
 con viva luz, bien lo sé....

¡Ay! enséñame tu pié;
 y si es cual tu mano bella,

de todo el resto doy fé.

—¿Eso mas? dijo la dama:
ya tanto pedir me escama;
y con sin igual donaire,
que todo mi cuerpo inflama,
sacó la patita al aire.

¡Qué pié aquell! ¡era ideall!
¡Qué contorno sobrehumano!.....

A mi juicio, empeño vano
fuera pedir otro igual
al arte griego y romano.

Era un pié. ¡Cielos, qué pié!
mas elegante y pulido
en el mundo no se vé:
por él solo he comprendido
el placer de un puntapié.

Era un pié de bayadera,
y de sílfide y de ninfa:
un pié que walsar pudiera
de un lago en la clara linfa
sin que el agua lo advirtiera!

La rica media de seda
velaba empeine y tobillo,
y el resto del pié se hospeda
en un escarpin sencillo
que al bronce en color remeda.

En vez de lazo ó boton,
por una hebilla ceñido
iba el zapato en cuestion,
y levantado y erguido
en puntiagudo tacon.

Al ver tan divino pié,
en ardoroso arrebató
así entusiasta exclamé:

—Lo que quieras te daré
si me das ese zapato.

—¡Te gusta! pues lo tendrás:
yo mi palabra te empeño
que en tu casa lo verás.
Adios! —Sin decirme mas
despareció como un sueño.

A la mañana siguiente,
en todas partes veía
aquel zapato presente:
¡mi mente ya no era mente!
era una zapatería!

Aun me encontraba en el lecho;
bien fatigado y mal trecho;
cuando entró mi servidor,
y con aire satisfecho
me dijo: “¡señor, señor!”

—¿Qué hay de nuevo?—este papel
para vos.—¡Ah, buen augurio!.....

—Un zapato viene en él.....

—¿Y quién ha sido el Mercurio?

—¿Quién? un mozo de cordel.

No me gusta la aventura
exclamé un tanto mohino,
y, rompiendo la envoltura,
ví el zapato peregrino
objeto de mi locura.

Mas dentro hallé un papelito,
en verdad, algo gaitero,
con esto en el centro escrito:
“En ocho dias te invito,
á buscar el compañero.

De hallarlo es tal mi deseo
que sufriendo mil trabajos
por todo Madrid paseo.

siempre estudiando los bajos
de cuantas mujeres veo.

Como les sigo la pista
en los piés fija la vista,
dicen unas: ¡majadero!
muchas me juzgan callista
y no pocas zapatero.

Si hay marido, de reojo
me vé trás de la consorte:
quien dice que me reporte:
si salgo así, algun tramojo
me va á pasar en la corte.

Con tu ingenio de mujer
tú me puedes socorrer,
duquesa, en tan duro trance:
que me ampare tu poder
y saldré airoso del lance....

Depon, duquesa querida,
tanto misterio y recato:
si lo sabes por tu vida,
no me ocultes donde anida
la horma de este zapato.

(L. P.)

GALERÍA BIOGRAFICA.

COMPOSITORES.

BERLIOZ.

(Conclusion.)

Abandona aquella capital para volver á Francia, y pasa por Berlin en donde recibe una esquila del rey invitándolo para que lo acompañe á su mesa en la posesion real de Saus Soisi.

Federico Guillermo, encarga á Meyerbeer, de llevarle la condecoracion de Aiglerouge, con que lo ha distinguido.

Berlioz regresa á Francia, para recibir en cambio de tantas satisfacciones, las tristes nuevas de la muerte de su madre, su padre y una de sus hermanas, y en vez de encontrar consuelo en su esposa á quien tanto amó, ésta poseida de los celos, contribuye á exasperar al desconsolado artista.

No pasa mucho tiempo sin que una terrible enfermedad, una parálisis, haga caer enferma á aquel ídolo que tanto le inspiró.

Sin embargo de tantos sufrimientos como pasó por ella, no se separa del lecho, donde la muerte viene á arrebatárle la vida.

Tantos golpes seguidos anonadan á él, que acostumbrado á padecer, ya no se encuentra con fuerzas para sobrellevar mas infortunios; y durante varios años nadie oye una palabra que indique existe este genio.

Pasados ya los dias de mayor amargura, dejóse ver en Londres, para preparar algunos conciertos.

La fortuna completamente lo ha abandonado, y su composicion «Enfance du Christ» fué criticada por toda la prensa, acusándole haber cambiado de estilo.

Pero esto es un sofisma, que se percibe claramente. La música de «Romeo y Juliette» ¿cómo ha de ser la misma que la misa de requiem y la «Enfance du Christ?»

Es el mismo estilo, solo producido por diferentes

medios. Además que su corazón lleno de amargura, no produciría con tanta verdad, un pensamiento de amor como uno de tristeza.

Berlioz trata de darles una buena lección á tantos enemigos como se alzan para confundirlo.

Para llevarlo á efecto, varía el título de la última obra «L. Enfance du Christ» y le pone el de «Chœur les Bergeos» anunciándola como producción de Pedro Ducré, artista que mas adelante brilló.

Sus enemigos escuchan la para ellos nueva música, y llenan de bravos y aplausos al supuesto Ducré.

Repetidas veces piden que se presente en la escena el autor, y Berlioz con gran calma, aparece ante aquel numeroso concurso de enemigos suyos, diciendo que no había otro autor mas que él.

Ah preocupacion! Cómo seduces y que fácil es des-
enmascararte!

Otro caso por el estilo le ocurrió con M Ingres que se esforzaba por decir que no podía resistir su música.

Una noche escuchaba un trozo que ejecutaban en la ópera, y no sabiendo de quien era aquella producción, preguntó á uno que se hallaba inmediato á él de quien era aquella hermosa música, que segun su parecer solo Beethoven ó Weber, podían producirla.

El interpelado le contestó que era de Berlioz el «Carnaval Romain»

Esto es una traición, gritó Ingres. No debe engañarse de esta manera á las personas honradas.

Ese suceso llegó á oídos de un escritor que por hablar de algo en una reunion á que asistía la nobleza parisiense, y se burlaba del compositor y del espectador, que no tenía sentimiento para conocer la verdadera música.

Cuánta verdad es, le contestó una joven á quien él con especialidad se dirigía; pero nosotros los que amamos el verdadero mérito, no podemos nunca ser sorprendidos tan pobremente.

Si V. me permitiese que oyera algo del gusto clásico, podríamos convencernos una vez mas de su excelencia y en la revista que mañana tengo que publicar, hablaría con nuevos datos de esa escuela del verdadero mérito.

La joven tocó una pieza desconocida del joven cronista; quedando este altamente admirado de tan sentida composición, y deshaciéndose en elogios preguntó si era de «Schuwer» aquel trozo.

No señor contestóle la joven con ironía, es el «Benvenuto Cellini» de Berlioz.

Con mucha frecuencia se repetían estos chascos y engaños; pues como el único enemigo que combatía á Berlioz era la envidia, y esta radicaba en los antagonistas suyos, el secso bello no participaba de esa prevención y aceptaba la música que estaba á la altura de la época, y que llenaba el corazón del que poseía el sentimiento á lo bello.

Un triunfo señalado obtuvo Berlioz en la academia de Bellas Artes, el ser preferido á los candidatos Gounod y David.

Berlioz es joven todavía y posee la energía de un joven en los rasgos atrevidos de sus composiciones. Trabaja sin cesar para adquirir y sostener su gloria; pues esta no viene á buscar á ninguno si este no sale á su encuentro.

Ya sus composiciones son tan conocidas, ya son tan repetidas por todos los aficionados al arte, son tan apreciados sus rasgos, que ya no bastan escribir un día y otro de sus producciones; ahora se describe sus facciones, se pinta su carácter, se quiere saber su vida, y cuantos pormenores le conciernen.

Nosotros que hemos dedicado algunos ratos á describir lo mas esencial de su vida, no podemos dejar de llevarnos del espíritu que predomina en la época á que nos referimos, y nos dedicamos con placer á delinear el aspecto de este célebre compositor, que marcó una senda nueva en este arte detenido por las exigencias de aquel tiempo, y el influjo de los maestros que predominaban con sus restringidoras doctrinas.

La fisonomía de Berlioz es agradable y simpática, frente recta y despejada, surcada por leves arrugas que marcan sus antiguos pesares, nariz aguileña, ojos vivos y penetrantes, boca pequeña y labios ligeros y delgados y y barba algo saliente. Sus cabellos algo rizados, caen con descuido sobre su frente, dándole una sombra de melancolía que le hace interesante.

Su conversacion es brusca, expansiva y siempre leal, que infunde franqueza al que le escucha.

Este es su retrato: en cuanto á sus ideas respecto de la música, bien hemos hablado de ellas demostrando que el principal elemento con que combatía, era el *Statu quo* de los clásicos; los cuales repudian toda innovación, que no esté comprendida en sus reglas. Siendo una verdad irrefutable que el progreso de la humanidad es general, y que la música como ciencia desarrollada por el adelanto é ilustración de la inteligencia, se perfecciona con esta aunque digan lo contrario los que la ven adelantar con ojos envidiosos.

Pero este mismo maestro que tanto trabajó por afirmar las bases de su estilo y sus progresos, es el mas encarnizado enemigo de la prostitución del arte, manifestado y llevado á cabo en esas óperas cómicas á donde la literatura se sacrifica á la música y esta á aquella, resultando ese monstruo que solo á los legos en ambos artes y á los que lo toleran como especulación, pueden agradar.

EN UN ALBUM.

No lloraré... tranquilo y resignado
aquí su golpe espero.
no lloraré... si el cielo se ha apiadado
no lloraré... que muero.

Es forzoso que si: no hay en mis venas
mas que lava y ceniza,
y un corazón ligado con cadenas
que un buitre descuartiza.

Deshácense mis huesos arrasados
como negros carbones,
y mis miembros convulsan traspasados
con agudos punzones.

Nicomedes Pastor Diaz.

EL TABACO.

El tabaco en nuestros días es una necesidad imprescindible. El fumar, un vicio social.

Desde que se descubrió la América se fuma, y el tabaco es quizás lo único útil que en este descubrimiento obtuvimos.

¿Habrá algún amante que no haya comunicado sus penas á un cigarro?

¿Habrá algún escritor que no deba á un cigarro el momento mas inspirado de su vida?

El cigarro es el mejor confidente del hombre.

Es un amigo mudo, y estos son pocos y no tienen precio.

Recojed una *colilla*. Ella asomada á la boca del que la apuró, vió hasta lo mas recóndito de su pecho. Empeñaos en que os diga lo que ha visto; es en vano; por mas que le preguntéis, callará.

¡Cuántas penas nos quita un cigarro!

¡Cuántas amistades no deben su origen al tabaco!

Es particular; pero verdadero.

A nadie le pedimos pan sin humillarnos, y el pan es necesario á la vida.

A cualquiera pedimos un cigarro, y el cigarro es un pasatiempo.

En los cigarros se distinguen clases.

Los vegueros con la *aristocracia*, en este género.

Las tagarninas pertenecen á la *clase baja*.

La *clase media* la representa un pitillo de picado habano.

El tabaco distingue á los hombres.

Así como lo calificamos por el trage que viste, así tambien solemos apreciarlos por el cigarro que fuma.

Tan imperiosa es la accion, la fuerza de un cigarro, que robó su influjo á la belleza.

Y si nó: venir á un baile en la hora de descanso. En el salon solo se ven mujeres: mujeres que se aburren. ¿Dónde está el sexo feo? En las afueras. ¿Qué hace? Fumando.

Un amante suele cortar su diálogo lleno de fuego, para encender un cigarro.

Un cigarro es el paño de lágrimas del que llora.

El consuelo del que se aflige.

En el cigarro está representada la memoria.

Nunca se recuerda mejor una cosa que fumando.

El cigarro es la mejor medicina contra el despecho.

No hay sentimiento que no se ahogue en el humo del tabaco.

Lo primero que hace el que recibe un motivo de disgusto, es fumar.

Saca su caja; lia pausadamente su cigarro, y al liarlo, piensa: enciende un fósforo, y piensa hasta que su lumbre le quema el dedo.

Entonces enciende su cigarro; lanza una bocanada de humo, y con este se disipa su pesar.

El tabaco es el olvido de nuestros males.

El cigarro admite muchos símiles.

La mujer es un cigarro.

Su alma el *papel*, por lo débil,

Su falsedad, el *tabaco*, por lo negro.

Su mirada el *fuego*, por que quema.

Y su amor y sus promesas *humo*.

La *colilla* es la imágen de la mujer que nos olvida: la repugnamos, y hasta nos huele mal.

La vida tambien es un cigarro. Lo *negro* de los dolores, mezclado con el *fuego* de una pasión, cubierta con el *blanco* manto de las ilusiones; que disipan en *humo*, quedando solo una *colilla*; resto del que fué.

Los estancos se parecen á las mujeres.

Así como estas son lo mejor de la creacion divina; así aquellos son lo mejor de las instituciones humanas.

El estanco es la fuente del placer.

Los estancieros nos venden en el tabaco la felicidad.

Y apropósito: es la única felicidad que se compra.

Si la Hacienda supiera el valor de lo que vende, no lo malbarataria.

Un ministro contemporáneo comprendió el inmenso mérito del tabaco y subió su precio. ¡Feliz idea!

Al comprar tabaco compramos inspiracion, valor, amistad, memoria y paciencia.

No hay mayor desesperacion que esperar.

Pero esperar fumando, y el tiempo se os hará mas corto.

Prometed á un hombre un favor.

Haced que os espere media hora, y al despediros, quitarle la petaca.

Aunque de vuestros servicios dependiera su porvenir, no esperará diez minutos. No puede: necesita fumar, luego el tabaco es paciencia.

Así como en el hombre la cara es el espejo del alma así en el cigarro la *ceniza* es el espejo de su calidad.

De los hombres de faz adusta y de los cigarros de ceniza negra, se dice que tienen malas tripas,

Los cigarros liados en máquina, se parecen á los presos en tiempo de la Inquisicion.

Pasan su vida en un estrecho recinto, y salen de él para ser quemados.

El tabaco respecto á una buena dentadura, es lo que la calumnia respecto de la honra.

Esta y aquel empañan ó manchan.

Con pan y carne se come.

Con pan, carne y tabaco se vive.

Un cigarro nos dá derecho á todo.

Hasta á detener la marcha de un individuo.

En la clase baja entra un novio en casa de su futuro suegro por primera vez, y enciende un cigarro.

No le pregunte donde vá: el cigarro es el *editor responsable*.

El cigarro que se apaga es como el amor que se rompe; si aquel se vuelve á encender, sabe mal; si este se anuda, su lazo es débil.

El cigarro, repito, es una necesidad.

Aún mas, es causa de muchas necesidades.

Y vé aqui, lector, que me pone en la necesidad de concluir, la falta y el deseo de un cigarro.

Enrique de Sierra Valenzuela.

Con el presente número repartimos á nuestros suscritores los dos pliegos gratis, correspondientes al presente mes, y con los que se completa la pieza en verso, titulada: «Lo que puede don dinero», que alternaba con la novela que estamos publicando.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Cádiz, en la imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, calle de S. Miguel, número 18.—Librería de D. Eduardo Gautier, calle de San Francisco.—Librería de los señores Verdugo, Morilla y Comp.^a Plaza de S. Agustin.

CORRESPONSALES.—Madrid, don Felipe Prats, Ricos, 4.—Málaga, don Francisco Moya, Librería Universal, Puerta del mar, núm. 13.—Puerto de Santa María, don Francisco Cañas, Librería, calle de Palacios.—Jerez de la Frontera, don José María Moliné, Tornería 1.—San Fernando, don Ildefonso Antonio Ruiz, San Eduardo, 17.—Sanlúcar, don Inocencio de Oña, imprenta y librería calle de la Bolsa.—Vejer, D. Eugenio Pradier.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CÁDIZ 1864.

Ilustracion Gaditana, San Miguel, 18.